FLORENCIA ECHAGÜE

POR TI ME QUEDO



Áurea Ediciones

© Por ti me quedo
Sello: Nenúfares
Primera edición: Agosto 2024
© Florencia Echagüe
Director editorial: Aldo Berríos
Ilustración de portada: Claudia Riquelme
Corrección de textos: Francisca Garcia
Diagramación: Marcela Bruna
Diseño de portada: Marcela Bruna

© Áurea Ediciones
www.aureaediciones.cl
Providencia 2594, local 417, Providencia, Chile
ISBN: 978-956-6386-15-5
Registro de Propiedad Intelectual: 2023-A-2559



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

Para todas esas personas que han pensado en
rendirse, gracias por seguir aquí.



1



Sí, soy una adolescente de dieciséis años. Sí, tengo depresión. Y sí, creo que la vida no tiene sentido. O al menos, así era hace un tiempo. Se preguntarán ¿qué está planeando esta tipa con una enfermedad mental? Bueno, creo que la depresión está infravalorada y, sinceramente, no quiero que más personas la vean como "algo".

Mi nombre es Amanda, todos me dicen Manda, y honestamente me encantaría desaparecer de este mundo, algo que lamentablemente no "puedo" hacer, pero que en verdad "quiero" hacer.

Hace un tiempo sentí que dejé de brillar. No me reconozco. Me miro en el espejo y veo a una persona totalmente diferente. Ahí no logro observar a Amanda Rodríguez… simplemente veo a una adolescente de pelo castaño liso hasta los hombros, ojos marrones achinados y una boca no muy llamativa con unos dientes no perfectos, pero tampoco imperfectos… simplemente dientes. Ya no veo a esa joven que solía reír todo el día, a esa adolescente a la que debían hacer callar porque no paraba de hablar; miro la cara seria de una persona que desearía no estar aquí.

Me siento muerta por dentro, pero ahí estoy yo, lista para fingir mi mejor sonrisa y afrontar el mundo, bueno, no el mundo, más bien solo el almuerzo. Cada comida, cada salida en familia, siento que son una verdadera tortura. Debo fingir mi mejor sonrisa. Nadie se imagina que la niña risueña está destrozada por dentro. Mi pieza es el único lugar en el que siento que puedo llorar y sufrir en paz… al menos así es la mayoría del tiempo.

Volviendo a la realidad, me preparé para salir del baño, me sequé las manos con la toalla verde colgada en la pared, frente al lavamanos. Me miré en el espejo y vi a la persona que todos verían: una adolescente feliz. ¿Quién diría que hace cinco minutos estaba llorando, porque ya no aguantaba más? En fin, allá vamos. Me moví al comedor, mientras observaba las fotos colgadas en la pared; en una estábamos mis hermanos y yo, tendríamos unos seis, cuatro, y tres años aproximadamente. Estábamos en el circo; mi abuela siempre nos llevaba de pequeños, pero ya no solíamos ir. Había otra en la que estábamos mis primas y yo; de esa vez que me fui de vacaciones con ellas. Observé otra en la que se apreciaba a mi mamá y sus hermanos. Mi tío Manuel se encontraba en el medio, abrazando a mi mamá y a mi tía Patricia; se veían mucho más jóvenes y felices, no sabría decir qué edad tendrían, pero, o mi tío Ert era un bebé o todavía no nacía; en todo caso, tío Manuel apenas era un adolescente. Se notaba que estaban riendo de verdad; supongo que algo les habrá hecho gracia y aprovecharon de tomarles esa fotografía. Era una de mis favoritas, captaba sus esencias a la perfección. Esbocé una sonrisa al contemplarla y seguí caminando.

Llegué al comedor y saludé a todos; estaban mis abuelos, mi mamá y mis dos hermanos. Me senté en mi lugar y empecé a comer. Mientras masticaba mi comida, no prestaba atención a lo que hablaban, fijé mi vista en la pared opuesta a mí y me sumergí en mis pensamientos. Sentía mi sonrisa desvanecerse y todo a mi alrededor se fundía en esa sensación, quedando yo sola en la mesa. Pensaba en cómo mi vida dejó de tener sentido, en cómo pasé de reír 24/7 a querer llorar todo el tiempo. Pensaba en el nudo que se alojaba en mi garganta, en cómo aprendí a vivir con él. Pensaba en el vacío que sentía en mi pecho, algo me faltaba, había un agujero y no sabía cómo llenarlo. Me sentía cansada, solo podía pensar en terminar de almorzar e irme a dormir, y dejar de sentirme así. Dormir era mi refugio, me permitía olvidar cómo me sentía. Cuando duermo, el nudo y el vacío desaparecen y no siento nada.

—¿Manda? —mi mamá me llamaba. Volví a la realidad—. ¿Me escuchaste?

—No, perdón. Me quedé pensando en algo del colegio, ya sabes.

—Bueno, te estaba diciendo que con tus hermanos iremos a la playa después de almuerzo. ¿Quieres venir?

—Me encantaría, pero tengo varios trabajos pendientes para esta semana, ¿les molesta si me quedo aquí?

—No, claro que no.

Se lo tragaron. Sabían que mis estudios siempre iban primero, pero esta vez no existían tales trabajos, simplemente no me apetecía ir y, honestamente, prefería quedarme en mi pieza y estar en paz.

No volví a "pegarme" durante todo el almuerzo, y al terminar me permitieron retirarme y subir a mi habitación. Me despedí de ellos y les deseé suerte en la playa. Subí hasta mi pieza, abrí mi vieja puerta de madera y entré a mi amada habitación. Paredes de cemento y una ventana grande que se ubicaba en el lado izquierdo de la puerta; hacia el frente, la puerta de mi closet, y a la derecha mi cama. A los pies de esta y mirando hacia la ventana, se encontraba mi escritorio. Me dirigí a mi silla en el escritorio y me senté. Cubrí mi cara con mis manos y aparecieron las lágrimas. Odiaba sentirme así. Muchas veces desearía sentirme "normal" de nuevo; era uno de mis mayores anhelos. Me limpié las lágrimas, saqué el celular de mi bolsillo y le escribí a mi mejor amiga.

Yo: Fueron a la playa, por lo que planeo dormir toda la tarde :)

No tardé en recibir una respuesta.

Vic: Siempre duermes, ¿te sientes bien?

No. No estaba bien. Hace mucho tiempo que no lo estoy.

Yo: Sí, solo tengo un poco de sueño, porque ya sabes que ayer me quedé hasta muy tarde leyendo.

Vic: Tal vez deberías dormirte más temprano :)

No le respondí, sentía una crítica en sus mensajes. Eso me frustraba más, por lo que decidí dejarle en visto. Sí, para nada cruel. No le gustaba, pero ya me conocía, sabe que soy así. Podía responder al segundo o tardar tres días, podía dejarla en visto y contestar más tarde, o simplemente no contestar.

Escuché mi puerta abrirse; era mi hermano menor, Federico. No pude evitar enojarme y gritarle que se fuera, que me dejara en paz. No sabía qué me pasaba, pero estaba muy irritable, la mínima cosa hacía que mi humor se volviera feroz. No me gustaba tratar a mis hermanos mal, ni a mis abuelos, ni a mi mamá. Le dije a Fede que entrara, que me disculpara, no fue mi intención reaccionar así. Él me dijo que no importaba, que fue su error no tocar antes, simplemente quería saber si tenía la pelota de vóleibol. Le dije que sí y se la pasé. Se marchó y le deseé buena tarde. Escuché cómo se cerraba la puerta de entrada de la casa, el portón abrirse y el auto salir. Bien. Estaba sola.

Ya no bailaba ni cantaba mientras ponía música a todo volumen cuando me quedaba sola. Ya no cocinaba algo para cuando volvieran, para así disfrutarlo en la cena. Ya no preparaba palomitas y los esperaba hasta que llegaran para hacer una noche de películas. Ya ni siquiera ordenaba mi pieza mientras estaba fuera. No hacía nada de eso. Ahora lo que hacía era tomar mis audífonos, conectarlos a mi celular, poner mi playlist, recostarme en mi cama, cerrar los ojos y esperar a que las lágrimas empezaran a caer por mi cara.

Me quedé dormida…